

EL HERALDO

Pérez Esquivel, sin Méritos, Dicen Oficiales Argentinos; su Premio es una Ofensa, Aseguran

BUENOS AIRES (DPA).- Hacia el fin de semana arrecia en Argentina la polémica en torno al Premio Nobel de la Paz 1980, el argentino Adolfo Pérez Esquivel.

En una nueva declaración pública, el mismo galardonado reiteró su devota fe de cristiano en el sentido de que la paz y la reconciliación han de instrumentarse a través de la

justicia. Se declaró además "dispuesto al diálogo con todos, sin odios ni rencores".

Citando al Papa Juan Pablo II en su mensaje al reciente congreso mariano argentino, quien dijo respecto de Argentina que "debe buscar la reconciliación y la fraternidad entre los hermanos", Pérez Esquivel afirma: "Pido humildemente a todos los

sectores de la vida nacional que contribuyan con su esfuerzo a la búsqueda de soluciones concretas para alcanzar la verdadera paz, que debe surgir como fruto de la justicia".

Contrastando abiertamente con ese enfoque, el "centro de oficiales retirados de las fuerzas armadas" calificó lisa y llanamente el otorgamien-

to del Premio Nobel de la Paz a Pérez Esquivel como "una ofensa inaceptable para la dignidad de nuestro país".

En la declaración emitida esta madrugada en Buenos Aires, el mencionado centro opina que el galardón "ha sido adjudicado a una persona carente de auténticos antecedentes para ello".

EL UNIVERSAL

ALEGRÍA DE LOS PERONISTAS POR EL NOBEL A PEREZ ESQUIVEL

BUENOS AIRES, Argentina, 18 de octubre (EFE).— El Partido Peronista expresó su "profunda alegría" por el otorgamiento del Premio Nobel de la Paz al argentino Adolfo Pérez Esquivel, por su lucha en defensa de los derechos humanos.

El presidente del Congreso Nacional Justicialista (Peronista), Eloy Camus, dijo que su movimiento político "no puede menos de alegrarse profundamente porque un compatriota haya sido honrado con el Premio Nobel de la Paz".

anomásuno

Para 1973, cuando Perón regresó a cortar la breve "primavera" de Héctor J. Cámpora, los militares y la oligarquía agropecuaria (ahora reconvertida y modernizada como oligarquía financiera) también habían aprendido. Estaban resueltos a no permitir el equivalente de un nuevo 17 de octubre. Perón volvía como el "mal menor", porque ellos aceptaban traerlo — mediante acuerdos y enjuagues todavía secretos — para contener, ganar tiempo y golpear después. Y como para que sus propósitos quedaran bien claros, el día del regreso de Perón, en lugar de ser una redición multiplicada de aquel octubre de 1945 como podían soñar las masas que acudieron a recibirlo, estuvo marcado por una espantosa masacre contra la multitud de millones reunida en el aeropuerto de Ezeiza, sin que Perón jamás denunciara, investigara o castigara a sus ejecutores, militares y civiles de la derecha peronista. A partir de entonces se comenzó a tejer la trama del golpe que tomó el poder en 1976, y a preparar los mandos y realizar los traslados de jefes militares que aseguraran su éxito. Las bandas paramilitares (o sea, militares disfrazados de civiles) ya existían, se cuestraban, torturaban y asesinaban en 1974 y 1975, bajo el gobierno de Isabel Perón, y los altos burócratas sindicales peronistas veían con complacencia y complicidad cómo esas bandas hacían desaparecer por decenas a delegados obreros y militares combativos que molestaban y cuestionaban el poder sindical de esos burócratas, sin sospechar que así se preparaba la liquidación de ese mismo poder desde la derecha, a manos de esos mismos militares, a partir de marzo de 1976.

Ya entonces estaba claro cuál era el blanco principal de la represión indiscriminada que los militares llaman "guerra no convencional": no los "terroristas" o los "subversivos", que podían contarse por cientos, sino los delegados obreros de fábrica, los militantes sindicales combativos, los cuadros de la clase obrera, que se contaban por decenas de miles. Se-

Peronismo y clase obrera

En Argentina, mañana...

Adolfo Gilly

cuestrar, torturar y matar a unos, aterrorizar y paralizar a los restantes, ha sido y es el plan de la represión que se ha propuesto acabar no con la ideología peronista o el peronismo como tendencia política, sino con la organización obrera de fábrica, con la autodeterminación obrera, con su capacidad de resistencia, de reorganización y de decisión como clase en la vida del país.

Es cierto: la clase obrera argentina no puede reconquistar su organización, sus derechos y sus conquistas sin que se recuperen, al mismo tiempo, todas las libertades democráticas para todos los sectores de la población. Por eso le es imprescindible el frente por los derechos democráticos con todos los que se oponen a la dictadura militar y a sus planes políticos y económicos.

Pero, a la inversa, ella no puede alcanzar su autodeterminación como clase si al mismo tiempo, y en forma independiente, no va planteando las premisas programáticas y organizativas de su reorganización. Esto requiere ante todo hacer el balance del peronismo, dirección burguesa que llevó al desastre sangriento, como en 1945 hizo el balance del reformismo de los viejos partidos socialista y comunista. Ese balance se abre paso, podemos suponerlo con poco margen de error, en los estratos profundos de la conciencia obrera argentina, que ex-

ternamente sigue siendo peronista como, no mucho antes del gran estallido social de hace 35 años, seguía siendo socialista, comunista o anarquista.

Quienes hoy le proponen la unidad del peronismo por encima de las clases, tratando de evitar el ajuste de cuentas con el caos sangriento y siniestro del peronismo tardío de Perón, Isabel y López Rega, quieren encerrar a los obreros argentinos en su propio pasado. Cumplen, bajo otro forma, el mismo papel que los jefes socialistas, comunistas y anarquistas — Américo Ghioldi, Alfredo Palacios, Vittorio Codovilla, Diego Aba de Santillán — cumplan con su antiperonismo delirante de 1945.

Hacia falta entonces una ruptura en la cual los obreros argentinos superaran la claudicación de esos jefes recuperando, bajo nuevas formas, lo mejor de su propio y combativo pasado anarquista, comunista y socialista. Eso fue el 17 de octubre de 1945, huelga general imposible si ese pasado de la clase no hubiera existido y si en esa acción no hubieran participado como organizadores los militantes de fábrica formados en las tradiciones de combatir socialistas, comunistas y anarquistas, abandonadas por las cumbres institucionales y partidarias de dichas tendencias.

Hoy, profundamente, con los ritmos todavía lentos del proceso, madura otra ruptura, porque la clase obrera no ha dejado ni puede dejar de pensar un solo instante. Sus formas son imprevisibles a esta altura. Su cortenido, no. Si el frente más vasto por los derechos democráticos en Argentina es una consigna insustituible, la unidad y la subordinación de la clase obrera y sus organizaciones a la dirección peronista burguesa es una consigna reaccionaria. El nuevo 17 de octubre que, no se sabe a cuáles plazos pero inexorablemente, se gesta en la sociedad argentina, hará saltar esa unidad en pedazos y liberará las energías propias de la autodeterminación obrera, apriadas en el encierro burgués de la ideología peronista.